

NIMIA^(*)

El diariero pasaba por casa una vez por semana. Yo lo esperaba ansioso porque traía de su quiosco mis historietas recién llegadas. Las SEA y ERN, vulgarmente conocidas como «mejicanas». Súperman, Batman, y toda una legión de súper héroes, seres de ficción, inadmisiblemente hermosos, adorables. Tan parecidos a los humanos pero tan perfectamente diferentes.

Una de esas mañanas (que mucho de importante debe tener como para que la recuerde), el chico de diez o doce años que era tuvo un pensamiento revelador: conocía y reconocía al diariero desde que tenía uso de razón pero no podía describirlo. Nunca había observado cómo era su boca, su pelo y peinado, la forma de su nariz o de sus orejas, el color de sus ojos. Sí, claro, sabía su nombre.

Esa mañana, a pesar de su pasar vertiginoso (que duraba apenas el tiempo que se tarda en darle a un pibe dos revistas y algún diario), decidí concentrarme minuciosamente en su fisonomía, tanto que hoy podría aportar con toda precisión a su identikit.

Hace unos meses le pregunté a mi madre (98 y una memoria prodigiosa) cómo se llamaba el diariero, pero ni ella ni yo pudimos recordarlo.

Si de mi infancia se trata, es preciso que hable de los marcianos. Confieso que me aterraban, porque pensaba que nos estaban mirando desde la altura como nosotros a las hormigas, y me preguntaba qué pensarían cuando nos veían pelearnos, reirnos, correr detrás de una esfera de cuero, y otros tantos etcéteras. Lo seguro era que nos estaban observando.

Eh aquí el humano

Eh aquí el humano

Eh aquí el humano perfecto

Veremos al humano perfecto funcionando

Veremos al humano perfecto funcionando

Cómo funciona un ente así

Qué clase de cosa es

Lo veremos

Lo investigaremos

Veremos que aspecto tiene el humano perfecto

Y qué es capaz de hacer

Jürgen Leth (El humano perfecto, 1968)

Quizás uno se convierte en fotógrafo cuando empieza a mirar alrededor sólo para ver qué hay ahí que merezca ser «*capturado*», ese algo desapercibido a los otros que aspiramos a ser los primeros en advertir. Fotografíar siempre es tomar un fragmento del todo, ése y no otro. El propio.

Mi primer contacto con lo nimio fue en unas vacaciones en Uruguay que dejaron un conjunto de fotos deliberadamente buscadas y otra serie tan fortuita como aquellas que registrara Thomas, el personaje de «*Blow up*», quien recién descubre el cuerpo semioculto en sus fotos el día después de revelarlas.

El punto negro en la cúspide de la duna probablemente es alguien, quizás una mujer,

una mujer sin rostro con una historia indescifrable; una alteración incierta en la monotonía del paisaje. Un punto de sutura en la paleta monocromática. El grano bastardo de la arena amarilla. El detalle que subvierte a la inmensidad, que sin él es nada. No hay rastros. Ni anécdota ni relato, No hay razones. Seis marcas en la arena incontenibles dentro la regla de los tres tercios y un enfoque despreciable.

No hay límites

No hay nada

Andando

Corriendo

Saltando

Cayéndose

Miren, ahora se tumba

Cómo se tumba

Así se tumba

Así.

Jürgen Leth (El humano perfecto, 1968)

Ahora es enero y otra es la duna a la que llegamos los cuatro separándonos inmediatamente. En lo más alto Manuel observa el infinito como un mucín aturdido por la inmensidad; Claudio camina dentro de una profunda olla de arena dejando un sendero de huellas que trazan un extraño diseño laberíntico. Desde una cúspide equidistante a todos amortiguo el impacto de la vastedad del lugar y detecto a Kalen, invisible a los otros dos, habitando un dimensión íntima, ensimismada, ajena, desplegando una coreografía de acciones inefables en la inmensidad protectora. Disparo por instinto aún sabiendo que el resultado será imperfecto. Distancia y luminosidad no me dejan ver qué fotografió. Quizás desde otro lugar hay alguien observándome, fotografiándome.

Se sienta. Su mirada se fija en el mar que no entra en el encuadre por innecesario.

En que piensa el humano perfecto

Mírenlo

En qué piensa

Qué está pensando

«Por qué es tan caprichosa la fortuna»

«Por qué es tan fugaz la alegría»

«Por qué te has ido»

Jürgen Leth (El humano perfecto, 1968)

El mensaje de Gabriela confirmando la fecha de la muestra me encuentra en el departamento de Franco, en Copenhague. Por alguna razón indescifrable en la casa hay una sola revista, un ejemplar de Euroman que en la tapa tiene la fotografía de un rostro conocido: es Jürgen Leth. Busco la nota en el interior pero el danés es infranqueable.

Para recompensarme entro en YouTube y mientras se afirma la noche vuelvo a ver «*El Humano Perfecto*».

Caigo en estado de disgregación y pienso en cuántas ecuaciones pueden engendrar juntos lo insignificante y lo excesivo. En la desmesura: magnificencia y dimensión. Mínimo y sustancial. Nimio. Y más tarde vuelvo a las fotos de la muestra que ya son otras fotos. El sueño me encuentra divagando sobre lo subyugante de la palabra perspectiva.

Perspectiva, persped↗pers↗

Y luego aparecen las imágenes de Súperman observando a los marcianos con su vista de rayos equis, el vestido negro de Kalén que deambula solo en un infinito penumbroso, Jürgen Leth adoctrinando a Thomas sobre sus interrogantes existenciales, y un loop en el que se entrecruzan el engominado pelo azabache del diariero, su frente rectangular, su piel cetrina, sus labios apenas perceptibles, ahora sin nombre.

Sí, aquí está

Quién es

Qué sabe hacer

Qué quiere

Por qué se mueve así

Cómo se mueve así

Mírenlo

Mírenlo ahora

↗Y ahora.

No dejen de mirarlo

Jürgen Leth (El humano perfecto, 1968)

(*)1. adj. Dicho generalmente de algo no material: insignificante, sin importancia.

2. adj. Dicho generalmente de algo no material: excesivo, exagerado.

3. adj. Prolijo, minucioso, escrupuloso.

 pichidebenedictis

 www.pichidb.com.ar

 @pichidb

 debenedictis.pichi

 @pichidebenedictis

 pdb@pichidb.com.ar

 wikipedia.org/wiki/héctor_De_Benedictis

Consultas por las obras: [gabelichcontemporaneo@gmail](mailto:gabelichcontemporaneo@gmail.com) o [whtspp 341 5661753](https://t.me/whtspp3415661753)